

CARL E. SCHORSKE: *Pensar con la historia. Ensayos sobre la transición a la Modernidad*. Taurus, Madrid, 2001. Traducción de Isabel Ozores [1.<sup>a</sup> trad. en inglés, 1998].

El título original en inglés de este libro es *Thinking with history. Explorations in the Passage to Modernism*<sup>1</sup>. Sin embargo, en la versión en castellano se han entendido como intercambiables *modernism* (modernismo) y *modernity* (modernidad), pasando por alto que si bien ambos términos nos remiten a *lo moderno*, el primero hace referencia a un movimiento cultural europeo de finales del siglo XIX y principios del XX, y el segundo a un concepto socio-político que pretende definir una realidad histórica, que comienza a desarrollarse en Europa a partir del siglo XV y perdura hasta nuestros días. Pensamos que Schorske está hablando claramente de *modernismo*, de ese movimiento cultural que nació, precisamente, para «enfrentarse a la modernidad... que ahora imponían la historia y el historicismo» (p. 20). Nos encontramos pues con la paradoja de que la edición española, al equiparar ambos términos ha escamoteado al lector nada menos que el propio objeto del libro, el *modernismo*, dando lugar además a un fenomenal y continuo equívoco, que a veces se hace insoportable, como por ejemplo cuando el autor ha usado ambos términos, distinguiéndolos, y la versión castellana, forzada por la equiparación aludida, ha traducido siempre por *modernidad*<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> C. E. Schorske, *Thinking with history. Explorations in the Passage to Modernism*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1998.

<sup>2</sup> Compárese el original: «Conversely, at a later stage, *modernism* in culture arose [...], as intellectuals attempted to confront *modernity* in its own terms...» (pp. 4-5), con la traducción castellana: «Por el contrario, en una fase posterior, la *modernidad* en la cultura surgió [...] a medida que los intelectua-

El autor de este libro<sup>3</sup> ocupó un lugar al sol en el ámbito de la historiografía cultural con la publicación, en 1980, de *Fin-de-Siècle Vienna: Politics and Culture*<sup>4</sup>. Entonces, sus reflexiones giraron en torno a las transformaciones de esa ciudad centroeuropea, que tan magníficamente ejemplificó el paso de la tradición cultural europea al modernismo.

La selección de artículos hecha por el autor para la edición del libro que ahora comentamos está dividida, en una primera parte intitulada «Clío en ascenso: culturas historicistas del siglo XIX europeo», y una segunda, «Eclipse de Clío: hacia el modernismo en Viena». Esta manera de presentarnos su trabajo, e incluso el propio título del libro, puede dar a entender que Schorske está in-

les trataban de enfrentarse a la *modernidad* en sus propios términos...» (p. 20). Después de contrastar diversos fragmentos de la edición original en inglés y de la traducción castellana, la autora de esta «Crítica» ha decidido citar desde el original inglés, haciendo posterior referencia —aun a riesgo de aburrir al lector— a la traducción de la edición española.

<sup>3</sup> Carl E. Schorske emigró a los Estados Unidos desde su nativa Austria en la década de 1930, para poder sobrellevar su «doble herencia marginal», como socialista y como judío, y es allí donde ha desarrollado su profesión y creatividad como historiador. De Columbia a Harvard y su Office of Strategic Service, y de ahí a la «más propicia y acogedora» Universidad de Wesleyan, para recalar en la década de los 60 en la californiana Stanford/Berkeley y, por último, en Princeton desde los años 70 hasta la actualidad, como Profesor Emérito de Historia. [él mismo nos lo cuenta en una de las «Introducciones» a su libro, «El autor: encuentro con la historia», pp. 41-75].

<sup>4</sup> Hay traducción castellana: Barcelona, Gustavo Gili (1981).

teresado, fundamentalmente, en mostrar-nos un proceso de transición entre la tradición cultural decimonónica, que pensaba «*con*» la historia, y el modernismo que inauguró el siglo XX, caracterizado por pensar «*sin*» la historia. Sin embargo, creemos que de querer encontrar un argumento central que enlace todas las reflexiones presentadas, éste no es el de una evolución propiciada por la modernidad, sino una muy concreta reacción del mundo de la cultura, el *modernismo*, a una de sus manifestaciones, la denominada *historicista*.

Schorske comienza con una reflexión sobre las muy diversas concepciones acerca del sentido y la función de las ciudades desde la Ilustración a nuestros días (cap. III). Las ciudades, pensadas como sedes de la libertad, el arte y el comercio, tienen una clara proyección histórica hacia el futuro y son portadoras de progreso social, tanto para Voltaire y A. Smith como para Marx. Pero las ciudades también son sedes de moral comunitaria, queriendo recuperar su pasado medieval, para Fichte primero y luego para un Fourier o un W. Morris (cap. VI). Fue precisamente esta última visión arcaizante, de la que participó también la burguesía del siglo XIX, la que imposibilitó, según nuestro autor, que la arquitectura de la mayoría de las ciudades decimonónicas adquiriera un estilo autónomo.

Con el modernismo de un Baudelaire o un Rilke, que llevado al extremo llega a Spengler y al nacional-socialismo alemán, las ciudades ya no buscan un modelo en el pasado ni proponen soluciones según una idea de futuro, sino que son únicamente sedes de multitudes que van y vienen, puro presente fatalista que llega a desarrollar una arquitectura y un urbanismo mecanizados e hiperracionalizados (avenidas sin árboles, sólo para conductores; plazas enormes, donde el individuo se pierde, etc.).

Pero Schorske, profundizando su re-

flexión sobre el caso vienés (cap. VII y último de la 1ª Parte) arguye que para reconstruir la Viena imperial no se rompió con la historia, como hizo el modernismo, ni tampoco se glorificó el pasado, copiándolo, sino que se trabajó aprovechando y remodelando el pasado para construir una ciudad moderna. La Viena que hoy conocemos fue, tanto política como social y estéticamente, fruto de una permanente confrontación de intereses, ideas y proyectos desarrollados a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX. «Aquí —nos dice el autor— el historicismo viene a ser moderno, en la medida en que gana la maestría del pasado para el presente [...] Es moderno en virtud de que absorbe la historia [...] aún no modernista [...]»<sup>5</sup>.

El modernismo es abordado por Schorske desde la perspectiva que le es más familiar, desde Viena, que es su ciudad y también la sede del movimiento intelectual que enfrenta la condición moderna para redefinirla con nuevos presupuestos. A partir de 1897, con la creación de «la Secesión», una nueva generación de intelectuales y artistas propone que la dimensión psicológica sea tenida en cuenta y que la belleza sea considerada en sí misma, sin tener que responder a patrones clásicos o estar supeditada a la funcionalidad y la técnica. Gustave Klimt, al que Schorske dedicó ya numerosas y lúcidas páginas en su anterior libro, fue la cabeza de ese movimiento, y con sus frescos

<sup>5</sup> En la edición original en inglés, p. 10, se lee: «Here, historicism becomes modern, in the sense that it achieves mastery of the past by the present [...] It is modern by virtue of absorbing history [...] not yet modernist [...]». En la p. 29 de la edición española, se lee: «Aquí, el historicismo se vuelve moderno, en la medida en que llega a dominar el pasado a través del presente [...] Es moderno porque absorbe la historia [...] si bien todavía no es modernidad [...]».

para la Universidad o sus pinturas para la alta burguesía vienesa se convirtió, a la vez, en el artista más representativo de la cultura modernista.

Pero es en el capítulo IV, «La historia como vocación. La Basilea de Burckhardt», donde nosotros encontramos planteado de forma más explícita el argumento central de esta recopilación. Schorske, a través de sus alter egos Burckhardt y Bachofen, nos muestra una manera de convivir y trabajar con la historia no historicista, pero tampoco modernista. En él, el autor nos muestra cómo la historia fue campo de experiencia y búsqueda de sentido para Jacob Burckhardt, *historiador de la cultura*, o J. J. Bachoffen, *antropólogo de la historia*. Ambos autores pertenecen a la tradición decimonónica, es decir, están inmersos en la cultura historicista de su época, y, sin embargo, como Schorske sabía, ni uno ni otro utilizan la historia para recuperar los sueños del pasado ni para diseñar el futuro, sino para entenderla «... a través de la contemplación y la reflexión. 'Escuch[ando] el secreto de las cosas'»<sup>6</sup>.

Todas las artes se vieron afectadas por la crítica a la modernidad que llevó a cabo una generación de artistas, los New Jungen. Y con esa marea esteticista que reivindicaba el sentimiento y los instintos llegó, en la cresta de una de sus olas, como un Neptuno con tridente desde el fondo de las aguas, el psi-

coanálisis. El último de los capítulos del libro de Schorske está dedicado a la paradoja representada por Sigmund Freud, que por formación y status social inició su andadura intelectual «con» la historia, para luego dotar de un estatuto científico y atemporal a sus descubrimientos sobre el psiquismo humano, y terminar volviendo al historicismo para explicar el nazismo.

Finalmente, en su «Epílogo»<sup>7</sup>, Schorske nos habla *acerca* de la historia y de la relación de ésta con el estudio de la cultura. Aquí, su reivindicación de las *Historias* de Herodoto le sirve para ilustrar la trayectoria de *la Historia*, su ascenso y su caída como reina de todas las demás disciplinas. La difícil andadura de la disciplina histórica en nuestros días, tras la IIª Guerra Mundial, nos es presentada por Schorske a través de la revista *History and Theory*, donde se pone de manifiesto la interdisciplinariedad como base para hacer cualquier tipo de historia. Vivimos en un momento de *glasnost* para la historia, nos dice Schorske, en el que ésta ya no es reina ni tampoco depende de nada ni de nadie, y en el que la historia puede elegir libremente compañera de viaje. Pero esa pluralidad de elección no debe pagar el precio de olvidar lo que siempre ha sido la seña de identidad de la historia: explicar la dinámica de los hechos. Por eso Herodoto sigue siendo un maestro.

GLORIA MARTÍNEZ DORADO

<sup>6</sup> En la edición inglesa: «... through contemplation and reflection. 'Listen to the secret of things...'.» p. 66. En la castellana: «... a través de la meditación y la reflexión. 'Presten atención al secreto de las cosas...'» pp. 123-124.

<sup>7</sup> La revista *L'Avenç* tradujo al catalán este «Epílogo» en su número 247 (maig 2000), pp. 18-24.